

Alberto Rojas Jiménez

Las palabras perdidas

*Otro vasito de vino, otro vasito...
(Canción popular)*

CAPÍTULO IX

Apartábamos la noche. Edgar, que me hablaba en voz baja, conocía el camino.

Entró en un cafetín donde unos músicos rasqueaban las guitarras. Otros cantaban suspirando. Eran romances de amor. Todo estaba ya olvidado.

Se nos sirvió, en el fondo de la sala, un alcohol blanco. Edgar bebía como un desesperado.

Estuvo algunas horas sin hablar, luego reanudó una conversación interrumpida. No era a mí a quien hablaba. Narraba sus años de prisión, su amor por la mujer de un burdel de Barcelona que él había matado. La llamaba Europa. Ya no era él quien hablaba. Era ella misma o un compañero de la prisión.

«Yo he visto», decía, «yo he visto...» Daba puñetazos sobre la mesa. El alcohol daba vueltas en mi cabeza y la noche

Estos capítulos de la obra de Alberto Rojas Jiménez, inédita y dispersa hasta hoy, ven la luz pública, mediante al recuerdo oportuno de su amigo el poeta Alejandro Vásquez Armijo, que los conservó en su poder con el vigilante cuidado de quien guarda un tesoro.

«Atenea» los publica ahora poniendo de relieve la importancia y significado que tienen estos fragmentos de «Africa» y «Las palabras perdidas», magnífica expresión del talento literario de Alberto Rojas Jiménez, atn prematuramente desaparecido.—N. de la D.

traía un frescor que adormecía el cuerpo. Y la música rechinaba como insectos dorados. Los consumidores a su turno se pusieron a hablar. Todo aquello producía un ruido sordo. Los vasos sonaban. Los ojos de Edgar voltijeaban en sus órbitas. «Yo he visto», repetía y yo escuchaba apenas. El estaba completamente ebrio.

Jugábamos ambos al escondite, buscando en vano un punto de apoyo. ¡Cómo hablaba él! ¡Quizá era por la última vez!

Se quiso echarnos en medio de la noche. Inútil. El patrón, inquieto, cabeceaba frente a su caja. Por momentos sus ronquidos lo despertaban, abría un ojo y nos miraba fijamente, atontado.

Edgar volvía la cabeza de su lado y el otro, domado, dormía de nuevo.

Edgar contaba:

«Yo ya no me divierto mucho. La bella tierra fresca que escupe florecillas en primavera y que sangra de repente cuando se le anuncia el otoño, es una vieja amiga, muy vieja, maníaca. Su sonrisa es comparable a la de una pobre actriz arrugada que no ha tenido nunca mucho éxito.

Yo la miro desde lo alto de mis treinta y nueve años y sólo cuando la he despreciado mucho, cuando he olvidado sus vicios y sus estaciones, entonces me siento un poco más indulgente, un poco más galante.

A menudo cuando estoy fastidiado, me es preciso ir de paseo y entonces, por escrúpulo, miro de reojo a la vieja que lanza sonrisas. Se la llama Naturaleza.

He aquí los paisajes que nos presentan; he aquí las plantas bien derechas y su cortejo, los insectos; he aquí los animales atravesados de agujeros y he aquí a los hombres con rostro de calendario. Los últimos nombrados son los más ruidosos. Se les ha enseñado y a gritar con todas sus fuerzas. Cuando, por casualidad, gritan todos juntos, a este gran ruido se le llama la gloria. La han vestido con grandes palabras estiradas, con lágrimas de emoción y con el prestigio un poco húmedo de la vejez. La buena señora, hinchada con ese tumulto, avanza con la

cabeza alta y el bastón del ridículo en la mano. Uno de sus labios, pesado y blanco de desprecio, da a su rostro el aspecto de un fruto podrido.

Cuando pasa iluminada por sus estrellas de falso fósforo, un olor se esparce, ese olor que recuerda un poco aquel de los mercados de París. Esto no es muy alegre».

Edgar contaba como si cantara.

«La gloria levanta una mano húmeda y bendice a los pobres diablos sofocados que arrastran la lengua y el sexo. Bonito cuadro vivo para patronatos provincianos. Hélo ahí, vuestro viejo trompo que dignamente (ella es la hermana de la dignidad y del buen sentido) avanza en su vestido de seda amarillenta al encuentro de Dios, colorada como un gallo. Ella se inclina ante él, se arrodilla y, a su turno, Dios levanta la mano para bendecirla. Ella se hincha, la vieja puta.

A tí, Dios, yo te alabo por ese gesto cándido, por tu aspecto marcial y por tu humareda artificial. Yo te alabo porque es necesario reconocer tu poderío que es el poderío del claro de luna. Yo te alabo por la gracia y por ese aparato bello como una letra de imprenta que llaman la Iglesia. No es en vano que aquellos que se sientan a tu mesa y que absorben alimentos con la regularidad de las turbinas y la gentileza de los cocodrilos, te saluden muy humildemente y canten conmigo: «A tí Dios, nosotros te alabamos porque eres casto como la aurora y fuerte como un día de felicidad: nosotros te alabamos por mil y una razón que aquí sería largo enumerar». Y Dios responde: «Gracias de todo corazón. ¡Qué bonita noche!».

Yo ya no me divierto mucho porque he aquí el tiempo de los espectáculos, el tiempo de las crisis de nervios y del bello lenguaje; he aquí la Naturaleza, Dios, la Gloria, recompensas para aquellos que sean buenos. ¡Cuántos agradecimientos para tan poca cosa!».

Se detenía para reclamar una nueva botella, para beber.

para cargar su pipa, para encenderla porque se apagaba a menudo. Escupía.

«Yo he visto... decía todavía... La muerte me es favorable. Yo era «bookmaker» en Inglaterra y un día gané una gruesa suma. Fué un muerto quien me la hizo ganar. ¡Mi ganancia más grande! Una carrera ganada por un muerto! Yo ví eso. Un tipo que se llamaba Raymond Hill corría un «steeple» en las carreras de Hurworth Hunt. Parte a la cabeza, así, como puede. Lleva, en la última hilera, 125 metros de ventaja. Al llegar allí, ese idiota tira del hocico al caballo que hace un mal salto y Hill cae. El caballo se para. Entonces los espectadores le ayudan a montar. Creían que estaba «groggy». Su cabeza se inclinaba sobre el cuello del caballo que arranca sólo y pasa el primero la meta. Ha ganado.

Algunas horas después, Raymond Hill moría en el hospital sin haber recobrado el conocimiento...».

Continúa: «Nada me pesa. Que mi vida sea este amor flotante, esta velocidad que me sacude por entero, es esta decepción lo que yo acecho y me siento decepcionado cuando mi espera es vana. Yo no sé aburrirme pero los días pasan y aumenta mi impaciencia. Ella me tortura.

Me acuerdo de un espectáculo que re veo siempre y que es comparable a mi impaciencia. Hace mucho tiempo, yo trabajaba en una usina de Manchester. Oí un grito terrible detrás de mí. Era una chiquilla de veinte años que dirigía un gran torno. Ella había hecho un movimiento para recoger una horquilla y la manga de su blusa fué atrapada por el árbol de transmisión que daba cien vueltas por minuto. El cuerpo fué arrastrado y la cabeza golpeaba a cada vuelta sobre el muro y sobre el suelo. El cerebro salpicaba a los vecinos. La madre, que trabajaba en el mismo taller, aullaba. No podían detener la maldita máquina...

No se puede detener, nada se puede detener. Entonces, se vuelve a comenzar».

La noche giraba sobre sí misma. A veces, un golpe de brisa

hacía danzar la gruesa lámpara que iluminaba pobremente nuestra mesa. El silencio, como un perro fiel, inclinaba de vez en cuando su ancha cabeza blanca. Los segundos golpeaban blandamente.

Como en la playa, la arena entre sus manos, Edgar hacía pasar y repasar su vida. La angustia no velaba ya su voz. Era de nuevo, en esta pequeña sala sombría, humosa, el negro triunfante de quien yo había seguido la huella, a veces, en París o en Londres.

El tomaba su fuerza en el tiempo que pasa ligero, en esa noche feroz que era aquella de la derrota y de las desilusiones encontradas una vez más. Algunas horas acababan de caer y ya el negro olvidaba ese pasado. El lo borraba, diamante contra diamante, con el polvo de los días, con los recuerdos que desmigajaba frente a mí.

Oí que se reía. Estaba salvado.

Entonces ya no temí hablarle, interrumpirlo, interrogarlo. Nuestra conversación recomenzó: aquella del niño y del hermano mayor, aquella de alguien que quiere saber y de alguien que sabe.

—«¿Por qué se ríe, Edgar?»

—«Pienso en mí».

Su elocuencia, más cálida que la ternura, parecía disolverse como el humo en el humo. Hablaba porque se abandonaba a la fatiga y al alcohol y porque aceptaba devenir un eco. Su sombra sobre el muro de la taberna, y él mismo, no eran más que una caricatura. Ya no hablaba para sí mismo pero mascaba las viejas palabras de Europa que él, antaño, había mascado y remascado como tabaco.

«Pienso en mí».

Y en la lejanía el viento arrastraba a su espalda los últimos estallidos del día, explosión y resplandor. Una noche bastaba para devolver a las palabras un color más fuerte, un color de tristeza y de cólera.

Por primera vez yo vi la debilidad de Edgar, que había su-

cumbido un instante, que estaba enfermo de decepción, que parecía europeo. Hablaba. Yo buscaba en su voz la verdadera melodía, aquella que se elevaba por encima de todos nosotros, los refugiados del día. Pero él se contentaba con reír, como alguien que ha sido vencido y que acepta el serlo. Estaba salvado, sin embargo, y él se sabía salvo. Más tarde quizá yo sabría que esta debilidad no era más que el reverso de su fuerza.

Puede ser que ya Edgar hubiera partido una vez más.

AFRICA

CAPÍTULO XI

Hacia el Sur.

Edgar Manning no dejaba huellas y su ausencia no causa ninguna tristeza, ni la menor pena. Se sabe que vive. El se aleja. El negro rostro azul, va hacia el sur como si fuera al asalto del sol. Aparta el mar.

Yo lo miro alejarse y, a mi turno, me alejo. Encuentro a cada paso síntomas de Europa como charcos de lodo sobre el camino después de la tormenta. He aquí París, el pequeño París con todo su bazar y todos sus gemidos. En cada ventana una sonrisa, en cada puerto un conserje feliz. Los carruajes ya en ruinas, las casas perezosas, los hombres curvados, parecen desmoronarse bajo la mordedura del viento frío y del renombre secular. Una luz, polvo o rocío, desciende lentamente sobre la ciudad moribunda. París, amor rosado, vestido de «tutu», vieja coqueta. He aquí los Campos Elíseos: es Domingo. Una muchedumbre se escurre con desesperanza hacia el fin del reposo semanal.

Yo me alejo. Ya Manning se aproxima a los trópicos. A lo lejos, cerca de las cálidas brumas, el Africa levanta sus selvas grises, soplan sus arenas malvas. Ella inclina hacia el océano sus pesados senos, lista para rechazar todas las pestes y las le-

pras innumerables. Bajo el sol apagado, una gruesa lluvia que se diría roja, curva las largas hojas, mariposas del tiempo.

Manning respira. El Sur, nada más que el Sur. En el calor, alcohol, una gran mano negra atrae los insectos sedientos, las lenguas de los reptiles y todos los otros animales que atormenta el temor de hambre.

El no teme nada de ese continente que le es todavía desconocido y que sólo su sangre llama. Deja tras de sí tierras muertas y va en busca de algo que con es el amor ni la piedad ni el temor ni la rabia ni el desencanto. Las cabezas negras que se inclinan bajo la sombra de los látigos, le harán quizá señales de reconocimiento. El va a aproximarse a ellas y una vez más será desarmado. Esa gran multitud de seres encadenados que se dicen sus hermanos, queda definitivamente silenciosa. No es para ofrecerles la liberación ni para reconocer o legitimar que él avanza hacia ellos, sino porque desde muy lejos ha apercibido la extraña mirada del mañana, la dulzura del porvenir.

El Africa gira sobre sí misma como el globo terrestre, abandonando a su suerte las tierras usadas, cubiertas de polvo y de muerte, las tierras que quieren detener el curso del sol.

Desde lo alto del promontorio del tiempo, Manning, cerrado el ojo derecho, observa la marcha titubeante de los acontecimientos. Un gran precipicio en el que hormiguea eso que llaman vacío, se abre con lentitud, como los labios de la boca del dormido. Y del otro lado, él se mira vivir en el pasado. No ha previsto nada, nada ha decidido. Ha atravesado su país natal, América, y descubierto Europa, abusando de leyes que sólo conocía de nombre, de costumbres que le parecían más viejas que el mundo, más en desuso aún que el resto, y de esta lógica podrida y ya descompuesta.

A través de esas redecillas él se deslizaba, apartando con un gesto de la mano o de una simple mirada las montañas de bruma que parecen paralizar de espanto a los blancos, tan orgullosos de su audacia.

Todos los grandes trabajos que desde hace siglos han edificado los ancestros y los nietos de los caucasianos, echan una sombra propicia sobre aquellos que quieren permanecer invisibles.

Porque Edgar Manning es tan poderoso como un hombre, perfectamente invisible. Puede recorrer las ciudades y los campos jugando o aprovechando ese privilegio. Y si usa esta inmunidad para regocijarse con algunas bromas inocentes, él puede, él o sus iguales, demoler una ciudad entera o liberar un pueblo.

Invisible porque es libre como un esclavo liberto o como un caballo salvaje, porque él no ha querido aceptar las «esposas forjadas por el espíritu», porque él no ha construido su propia prisión, porque él no ha heredado todas las trabas que de padre a hijo se legan los blancos habitantes de las tierras ricas, porque él no posee nada.

Se sabe el más pobre o el más rico porque, si no puede decir: «Esto, o aquello, es mío», nada le impide agregar: «Y todo me pertenece».

El negro que sigue siendo, a pesar de sus bellos trajes, no espera nada del porvenir porque conoce su pasado flamante. Sabe jugar consigo mismo, feliz «jongleur» que aprende cada día que el equilibrio está en sus manos.

Para él no cuenta sino lo instantáneo, y el pulpo de las tradiciones es a su lado completamente impotente. Avanza sin dejar nada a su espalda. Yo sé bien que al pensar en él, al tratar de definir su fuerza, no probaré más que mi propia debilidad porque no puedo medir su independencia, que es absoluta. Porque lo he visto vivir, porque se ha levantado delante de mis ojos y he creído comprender lo que lo elevaba y lo llevaba por encima de mí y de los otros, ensayo la tentativa de admirarlo. No logro sino rebajarlo a mi propio nivel. Sé muy bien, y esto solamente, en qué me es inferior, pero su superioridad me escapa: Me parece misteriosa. Yo no soy sino un blanco y me parezco a los demás caras pálidas.

La respuesta está escrita en las estrellas.